

La construcción del discurso de la smart city: mitos implícitos y sus consecuencias socio-políticas

The fabrication of the smart city discourse: implicit myths and their socio-political implications

Manu Fernández González

Ciudades a Escala Humana
manufer2007@gmail.com

Resumen. El artículo propone una lectura desde las políticas públicas y a la luz de las ciencias sociales sobre la inteligencia urbana, desarrollando un marco analítico para entender el despliegue de la smart city como imaginario a través de un régimen discursivo particular, y realizando una disección de sus argumentos explícitos y consecuencias implícitas como marco de referencia urbano. Este discurso se ha transmitido y reproducido a través de una serie de mitos como significantes ideológicos que soportan esta narrativa. Mediante el recurso del mito proponemos lecturas más conflictivas utilizando ideas, conceptos y argumentos provenientes de agentes y disciplinas que no suelen formar parte del régimen discursivo más generalizado de la smart city. En este sentido, la referencia al mito no implica una refutación de la posible veracidad o pertinencia de la smart city, sino que intenta destacar la forma en la que trabajan los imaginarios de cualquier tipo, sobre todo cuando encierran visiones idealistas sobre la tecnología, como es nuestro caso. El conjunto de mitos que presentamos pretende ofrecer una sistemática coherente de diferentes niveles de argumentación crítica que ha levantado la smart city prácticamente desde que empezó a ocupar una posición preponderante.

Palabras clave. Smart cities; representación social y ciudad; discurso urbano; narrativas urbanas.

Abstract. The article proposes an analysis to understand urban intelligence in the light of public policies and social sciences, developing a framework to decipher the deployment of the smart city as a socio-technical imaginary through a particular discursive regime, dissecting the implicit arguments and consequences. This discourse has been transmitted and reproduced through a series of significant ideological myths that support this narrative. Through the use of myth we propose more conflicting readings of the smart city storytelling, using ideas, concepts and arguments from agents and disciplines that are not usually part of more general discursive regime of the smart city. In this regard, the reference to the myth does not imply a refutation of the possible veracity or relevance of the smart city, but attempts to highlight the way in which the imaginary of any work, especially when they contain idealistic views about technology as it is our case. The set of myths presented here aims at providing a systematic coherent argument of different levels of criticism that the smart city movement has raised almost since it began to occupy a dominant position.

Keywords. Smart cities; Social representation and city; urban discourses; urban narratives

Introducción

En los últimos tiempos parece imponerse una nueva forma de entender el funcionamiento de las ciudades, la promesa de reunir toda la gama de rastros de información digital de la vida urbana y gestionar esta cantidad de datos con modelos inteligentes de predicción del comportamiento de los diferentes subsistemas urbanos. SimCity se hace real en forma de ciudad inteligente a hombros de los datos masivos y representa la reestructuración del imaginario urbano de la ciudad contemporánea digital (Edward Soja, 2008). El objeto principal del presente artículo es contribuir al estudio de la smartcity no desde sus aspectos técnicos, normativos, institucionales o económicos, sino desde los principios y valores que sostienen su discurso argumental, ampliando para ello el trabajo que otros autores, y de manera prominente Adam Greenfield (2013) y Ola Söderström, Till Paasche y Francisco Klauser (2014), han adelantado a la hora de diseccionar las bases ideológicas de la smartcity. A pesar de existir una incipiente literatura académica en el ámbito del análisis crítico de la ciudad inteligente, aún está pendiente explorar los principios, fundamentos e ideas subyacentes al mismo que ponga un espejo a los textos y medios que han servido

para reproducir su régimen discursivo de manera que podamos comprender la potencia simbólica y práctica que encierra la narrativa de las smartcities como un imaginario muy particular que responde a unos conceptos subyacentes en torno a la ciudad.

La función de los mitos en el análisis de discursos sociales

En un ambiente protagonizado por la disputa por qué ciudad llega primero a implantar una tecnología, qué empresa lidera un determinado segmento tecnológico o qué aplicación llega a los titulares mediáticos, detenerse a comprender las consecuencias de un discurso social puede parecer un ejercicio estilístico. Sin embargo, la smartcity es capaz de construir decisiones prácticas muy concretas en el espacio urbano y con unas consecuencias directas sobre la concepción de la ciudad, de las políticas urbanas y de la ciudadanía a partir de la prefabricación de un discurso concreto sobre la contemporaneidad urbana. Desde una perspectiva intertextual, Marc Wolfram (2012) ha aportado un análisis discursivo que sirve de apoyo inicial al presente trabajo, en la medida en que enmarca la importancia del análisis del discurso para deconstruir sus consecuencias prácticas. Estos efectos tienen contenido normativo, carácter programático, al plasmarse en estrategias, programas y acciones municipales, re-organización de los actores protagonistas del régimen discursivo, despliegue de nuevas formas de acción institucional, nuevas prioridades inversoras, etc. Legitimación, consenso y acción alrededor de la smartcity es el resultado de la invención de un imaginario persuasivo como el que tratamos de analizar (Clive Barnett, 2013).

En este marco, el discurso, narrativa o *storytelling* sobre el que se construye el imaginario se torna crítico para entender el nacimiento del movimiento de las smartcities y ayuda a entender su evolución. Esta narrativa es la que ha permitido construir todo un relato en torno a los problemas a los que se enfrentan las ciudades, priorizando unos (ineficiencia, falta de información, despilfarro de los presupuestos públicos...) y obviando otros también consustanciales a la ciudad (desigualdad económica, conflictos sociales, etc.). Esta narrativa es la que ha permitido construir un ecosistema de actores relevantes en la solución de esos problemas (empresas proveedoras de servicios tecnológicos, *utilities*, consultores, autoridades políticas...) y obviando u ofreciendo un papel testimonial a otros actores esenciales de la vida en la ciudad (organizaciones sociales...). Esta narrativa es la que, en fin, ha permitido construir y cristalizar en el imaginario de los decisores públicos un determinado conjunto de soluciones (automatización, gestión en tiempo real, análisis del *big data*...) frente a otras herramientas (observación directa, discusión pública, etc.).

En la construcción de esta narrativa, los mitos –tal como los utilizamos en el presente artículo– actúan como cemento del discurso para solidificar algunos hechos supuestamente contundentes (Mirko Schäfer, 2011, p. 25) pero que resultan aún emergentes, están en desarrollo o buscando asideros conceptuales. Tal es el caso, de hecho, del imaginario que nos ocupa, aún en una fase muy inicial que, sin embargo, dispone ya de una narrativa mitológica para presentarse en sociedad. El concepto de mito ha sido utilizado en los estudios de ciencia, tecnología y sociedad en diferentes ocasiones, y renovado por algunos autores en su relación con los estudios de la comunicación y los nuevos medios digitales, e incluso directamente con los estudios críticos sobre la smartcity (Antonine Picon, 2013).

De esta forma, los mitos –tal como los presentaremos más adelante– no son simples mentiras ni como tal los asumimos. Al describirlos, no se trata de desmentirlos como si fueran errores factuales ni discursivos. Se trataría de descifrarlos para entender cómo funcionan en la mecánica de reproducción de un discurso triunfalista que quiere marcar un cambio de época. Como tales, ponerlos bajo la lupa implica darles la importancia que encierran como generadores de un nuevo *storytelling* para comprender dicho cambio de época, en este caso, el de las nuevas formas de gobierno de la ciudad. Por tanto, más que como mentiras o errores, conviene tratarlos como elementos de realidad. Los mitos tecnológicos (desde la paz mundial que traería el ferrocarril a la energía de coste tendente a cero de la energía nuclear) funcionan como sublimación tecnológica, como himnos del progreso que pasan por encima de cualquier problematización o contradicción para exaltar las virtudes de la nueva tecnología. En este sentido, los mitos sirven como justificación y legitimación para quienes detentan el poder real de uso de esa tecnología para hacer realidad sus beneficios prometidos sea cual sea el precio a pagar en forma de efectos negativos (Mosco, 2014). El mito tecnológico se presenta como algo natural, obvio, resultado directo de una tecnología dada que encierra el gen del progreso evolutivo, y como representación no conflictiva de la realidad. Por ello, los mitos son capaces de dar forma a la realidad, con independencia de su falsedad (o no), y la importancia de su análisis no reside sólo en desactivarlos, en su caso, sino en interpretar las razones de su nacimiento, de su reproducción, de su significado y de su capacidad para formar las aspiraciones de la sociedad en un determinado momento.

La construcción del discurso hegemónico de la smartcity

Para realizar este análisis discursivo utilizaremos algunos de los argumentos principales comunes a gran parte del relato dominante en torno a la ciudad inteligente, aunque en realidad se retroalimentan unos y otros y forman parte de una postura cultural sobre el papel de la tecnología en la sociedad. Esta postura se basaría en la aceptación acrítica de tecnologías (Neil Postman, 1993, p. 11) omnipresentes sobre las que apenas hacemos una lectura sobre su significado y su impacto (Adam Greenfield, 2006), frente a la cual es necesario entender sus implicaciones y limitaciones. En contra juega la actual disposición de la cultura tecnológica dominante a mostrarse entusiasta y receptiva a relatos de cambio tecnológico que ofrecen optimismo, sofisticación, banalización y espectacularización.

Podemos encontrar en Ann Galloway (2013) algunas dudas razonables en torno al urbancomputing, que sirven también para la materialización de las tecnologías urbanas alrededor de la smartcity. Definidas en forma de imperativos implícitos en el discurso (determinismo tecnológico y derrotismo, solucionismo tecnológico, imperativo de la cuantificación, imperativo de la conexión e imperativo de la conveniencia y la eficiencia), estas dudas sobrevuelan muchos de los planteamientos críticos que se han lanzado en los últimos años respecto a la smartcity. En nuestro caso, optamos por utilizar el término de mitos, presentados como los argumentos que suelen utilizarse como justificación de la smartcity en su versión más extendida y, aunque presentados de forma separada unos y otros, todos están interconectados y forman parte de una misma lógica subyacente sobre las relaciones tecnología-ciudad-ciudadanía.

Como presentación inicial, señalaremos que hemos sistematizado nuestro trabajo en torno a nueve mitos o conjuntos de ideas diferenciadas (Manu Fernández, 2015). Se trata de una organización de ideas forzada hasta cierto punto, fruto de las necesidades de individualización y clarificación. Uno de los elementos característicos de cómo se presenta el imaginario smartcity es que, como término multidimensional y en el que conviven visiones diferentes, se manifiesta dando más o menos importancia a unos temas o a otros. Con ello queremos denotar que nuestra sistematización es forzada en el sentido de que, en la práctica del discurso y de sus medios de reproducción, los mitos que señalamos se solapan o su diferenciación es prescindible. Dicho de otro modo, los discursos, textos, simbología y otros recursos comunicativos utilizados en el imaginario de la smartcity son una amalgama de ideas donde los mitos a los que nos referiremos se presentan inter-relacionados, implícitos a veces, y otros presentados de manera contundente y explícita, solapados, etc.

En algunos casos (eficiencia operativa, sostenibilidad, competitividad e integración de infraestructuras), los mitos narrativos de la smartcity funcionan a modo de justificación principal, y resumen los principales objetivos con los que se auto-justifica el imaginario y los argumentos con los que suelen presentarse los proyectos de ciudad inteligente de una escala u otra. Este sería el nivel argumentativo, es decir, las justificaciones prácticas a través de las cuáles se han presentado los beneficios de una ciudad inteligente.

Por otro lado, en el presente artículo presentamos más detenidamente cinco mitos (simplificación, neutralidad, despolitización, suficiencia y deseabilidad) que representan el núcleo ideológico socio-técnico. En este caso, estamos ante un nivel meta-discursivo, una serie de razonamientos o consecuencias directas de la aplicación de la mitología de la inteligencia urbana y que operan como preconcepciones vinculadas a la tecnología infiltrándose en los objetivos, las ambiciones y los modelos de gobierno de la ciudad vinculados a la ciudad inteligente.

La diferenciación en estos dos niveles tiene un propósito más analítico que descriptivo de una coherencia y presencia mecánica en cada recurso discursivo. Por ello, una representación más compleja de las relaciones conceptuales entre estos nueve conceptos nos aportaría una red de conexiones y familiaridades entre ellos (Manu Fernández, 2015). Así, en el nivel argumentativo, la eficiencia es una presencia constante y común a cualquier texto, discurso o recurso de transmisión de la smartcity. Por el contrario, los otros tres argumentos (sostenibilidad, competitividad, integración) tienen un carácter más temático y, en general, aparecen en función del mercado sectorial específico y las soluciones que ofrece cada empresa, o en función de las competencias de las diferentes áreas municipales.

De la misma forma, el mito de la suficiencia es el recurso implícito más relacionado con la sostenibilidad, mientras que la conformación de unas expectativas de simplificación o neutralidad están más presentes en los argumentos que inciden en la integración de sistemas urbanos a través de plataformas, centros de gestión y otras formas de planificación y centralización. Igualmente, los mitos que tratamos como implícitos son difíciles de separar completamente unos de otros. La mayor parte de las veces, operan de manera más o menos relacionada, en especial en el caso de la neutralidad y la despolitización.

En el caso de los mitos argumentativos, precisamente por su carácter explícito y su reproducción social constante en los años de emergencia del discurso de la smartcity, su análisis y la correspondiente atención crítica ha tenido suficiente expresión en la literatura. Sin embargo, en el caso de los mitos meta-discursivos, nos encontramos aún en un momento de exploración.

La smartcity y sus mitos implícitos: consecuencias socio-políticas del discurso

El mito de la simplificación

La búsqueda de una comprensión completa de lo que ocurre en las ciudades toma la forma de un enfoque atractivo para el diseño y la gestión urbana, aprovechando la computación ubicua y las tecnologías situadas como nuevo instrumental de análisis para la toma de decisiones. En este sentido, el mito de la simplificación es la consecuencia lógica de la promesa de una integración total de las infraestructuras y datos urbanos: ahora que podemos reunir toda la información bajo un mismo sistema, podemos modelizar, simular y simplificar la comprensión de la vida urbana. El relato de la smartcity se asoma así a las teorías de sistemas para ofrecer una visión de la ciudad entendida como sistema de sistemas que pueden ser estructurados de manera lógica y coherente a través de modelos matemáticos y algorítmicos, ahora actualizados gracias a las posibilidades del *big data*.

La intersección entre el código y el espacio se hace hoy más evidente que nunca y nos hemos apresurado a construir visiones utópicas que afirman la posibilidad de la predicción (y el control) total de cualquier elemento relacionado con los servicios urbanos (transporte, gestión del agua, residuos, información ciudadana, emergencias, etc.). Parece imponerse un relato protagonizado por la automatización de los procesos de conocimiento sobre el hecho urbano (Leah Meisterlin, 2014). La nueva ciencia de las ciudades construye sobre estas potencialidades sus expectativas y su instrumental metodológico para ofrecer promesas de modelización a partir de patrones provenientes de la explotación de los datos masivos. Sin embargo, esta proposición se presenta problemática en la medida en que plantea una convivencia pacífica de dos hechos contradictorios entre sí: la ambigüedad característica de las políticas urbanas tal como las hemos conocido (fruto de negociaciones, intereses, prioridades, ideologías) y la (supuesta) objetividad que ofrecen los modelos de gobernanza y creación de conocimiento basados en los datos masivos (Anthony Townsend, 2015).

Ante esta visión simplificada de la realidad compleja que representa una ciudad, Usma Haque (2013) ha rescatado una lectura de la ciudad mucho más realista a partir de la idea de los problemas retorcidos (*wickedproblem*) (Horst Rittel y Melvin Webber, 1973) como elemento consustancial a la complejidad de la vida en la ciudad.

La aspiración subyacente de armonización y homogeneización representa una agenda tentadora pero resiste mal el contraste con la realidad. Esta misma argumentación en torno a la complejidad y su contraste con las limitaciones del enfoque simplificador de las propuestas de la smartcity (Robert Goodspeed, 2015) apunta a una crítica que ya fue

planteada durante la oleada inicial de la cibernética y que tan pocos resultados prácticos produjo. Los más optimistas argumentan que el aparato metodológico-técnico del que hoy disponemos para una nueva fase de modelización es infinitamente más eficaz y rotundo.

Esta perspectiva de la simulación tiene su contrapartida en otro elemento de singular importancia: la idea de la anticipación como retorno de la capacidad de simulación. En efecto, la simulación del comportamiento esperado de la ciudad no sólo determina una simplificación de los comportamientos, sino que implícitamente deriva en un juicio normativo sobre lo que es esperable, lo que el sistema de simulación considera como normal. En la medida en que los sistemas inteligentes se constituyen como sensibles, es decir, capaces de reaccionar de manera automática ante situaciones concretas, se convierten también en dispositivos de control y de normalización de la vida en la ciudad.

Por otro lado, a través de la simulación los sistemas aprenden a reproducir comportamientos automáticos que inscriben una separación entre lo normal y lo anormal. Definen con ello patrones de lo que la ciudad permite o lo que la ciudad determina como situaciones y comportamientos susceptibles de protección y aquellos sujetos a control, limitación o represión. Avanzar hacia mejores infraestructuras de movilidad, por ejemplo, supondrá tantos avances como dilemas morales o necesidades de discusión democrática sobre el uso de las prerrogativas de las instituciones sobre sanción, control y represión de comportamientos. Ello mismo es aplicable a ámbitos como la seguridad, el control del espacio público o cualquier otro ámbito en el que el efecto de sustitución de los algoritmos sea capaz de definir nuevos equilibrios político-sociales sobre libertades públicas y privadas.

El mito de la neutralidad

Uno de los aspectos centrales en la retórica de la ciudad inteligente es la promesa de un nuevo horizonte de gestión urbana basada en la neutralidad de los datos. Según esta presunción, la capacidad de gestionar y procesar ingentes cantidades de información digital nos lleva a un escenario de neutralidad en las decisiones, informadas a partir de ahora por un mecanismo de discernimiento supuestamente no sesgado. En estas condiciones, el gobierno de la ciudad se convertiría en un asunto tecnocrático mediatizado por *data streams*, metadatos y, en última instancia, salas de control panóptico desde las que asegurar unas decisiones perfectamente basadas en datos objetivos. La política pública municipal podría, con ello, alcanzar un nuevo estado de automatización de las decisiones de la misma forma que se ha producido esta transformación en otras esferas de la vida (Nicholas Carr, 2014), desde la producción industrial, a la aviación, etc., hasta llegar a un estadio perfecto de regulación algorítmica de las decisiones sobre una ciudad.

En su lógica se palpa la concepción del mundo como una realidad perfectamente conocible (Adam Greenfield, 2013). Este posicionamiento oculta cuestiones que pueden resultar obvias en nuestra vida diaria y para las ciencias sociales, pero que son sistemáticamente olvidadas. La smartcity se ha presentado soslayando cuestiones como la imprevisibilidad de los usuarios de los sistemas inteligentes, el pequeño margen de actuación individual que

siempre le quedará a cualquier policía sometido al más estricto de los sistemas inteligentes de gestión del tráfico a la hora de no castigar determinadas infracciones, la falta de información relacionada entre sistemas (con el clásico ejemplo de la corporación RAND y sus propuestas, basadas en modelos de dinámica urbana en la década de los 70 del siglo pasado en Nueva York), los sesgos de información o conocimiento (refiriéndonos aquí al también principio clásico de Heisenberg), la inevitable necesidad de aplicar razonamientos ideológicos más allá de la calidad estadística que informe dicha decisión, los errores de medición, etc. (Antonine Picon, 2013).

De esta manera, conceptos supuestamente auto-evidentes como usuario, infraestructura o datos, por poner un ejemplo, necesitan ser analizados desde una perspectiva socio-técnica como ensamblajes complejos más que como realidades incuestionables, en la medida en que son el resultado de una panoplia de prácticas y decisiones no técnicas que escapan incluso de la visión más reducida de la técnica como máquina material (Jacques Ellul, 1990). Cualquier equipamiento técnico en la ciudad es fruto de unas características que esconden definiciones no necesariamente evidentes y que, sin embargo, son capaces de normativizar los comportamientos sometidos a su intermediación.

Sin embargo, los conjuntos y flujos de datos generados en la ciudad inteligente están lejos de ser objetivos cuando se convierten en material sobre el que tomar decisiones (Martijn De Waal, 2011, p. 191). La decisión de qué datos recoger y cuáles ignorar y qué procedimiento usar para ello es una opción con sustancia política, de la misma forma que su interpretación mediante algoritmos, simulaciones, software y dispositivos de control, seguimiento y visualización también encierra decisiones de carácter normativo. En este complejo sistema detrás de la smartcity, todo un conjunto de valores, técnicas, decisiones, normativas y otros elementos del ensamblaje socio-técnico de la smartcity tiene la capacidad de tomar decisiones que afectan a la vida diaria y a los límites de lo posible en la vida en común en la ciudad. Detrás de cualquier catálogo de *open data*, panel de indicadores, cuadro de mando o *citydashboard* existe un ensamblaje de instituciones, sistemas de pensamiento, gubernamentalidad, subjetividades, etc. que les otorgan un valor normativo no neutral ni apolítico. De esta forma, hasta los elementos más materiales y vistosos como las salas de control inteligente están equipados no sólo con infraestructuras de datos, monitores y dispositivos actuadores para ofrecer el espejismo de un control en tiempo real de la ciudad (Rob Kitchin, Tracey Laurialt y Gavin McArdle, 2015, p. 18). También están equipados con una carga de valores, juicios, interpretaciones y subjetividades difíciles de captar en una imagen icónica, en un catálogo comercial o en un reportaje de televisión, y, sin embargo, configuran igualmente el funcionamiento operativo y el despliegue de su carga ideológica en la ciudad, y nos alejan de una visión neutral y aséptica del mundo de los datos.

La búsqueda de la neutralidad es un objetivo y una justificación relativamente escondida en la reproducción explícita del discurso de la smartcity. Su uso argumentativo no es, al contrario que los mitos anteriormente descritos, un recurso de primer nivel, sino que actúa en el campo de las consecuencias o los efectos de la concepción de la ciudad inteligente que estamos describiendo.

El mito de la despolitización

El escenario que describe el imaginario de la smartcity propone más o menos explícitamente un nuevo modelo de gobernanza de la ciudad (Albert Meijer y Manuel Pedro Rodríguez Bolívar, 2015). Acoplándose a las tendencias de una gestión managerial de las políticas urbanas como salida post-política a la complejidad de las ciudades, la smartcity promueve una nueva serie de arreglos institucionales para gobernar las instituciones públicas de manera más eficiente (Mariona Tomàs, 2015). Principalmente a través de las perspectivas de una mejor coordinación e integración de sistemas, infraestructuras y departamentos gestionados a través de un constante flujo de información, el gobierno de la ciudad se abre potencialmente a formas optimizadas de gestión de las que empresas tecnológicas desconocidas hasta ahora en el pensamiento sobre la gobernanza urbana se instituyen en prescriptoras de nuevas recetas.

La smartcity apuesta por participar en el cambio en las reglas del juego que están viviendo las formas tradicionales de toma de decisiones políticas para gobernar las ciudades, en las que el debate político aparentemente quedaría arrinconado en favor de fórmulas burocráticas e internet-céntricas de nuevo cuño (diseño colaborativo, *lean government*, colaboración inter-organizacional y trans-funcional, funciones empresariales, gobierno como plataforma, etc.) desde esta óptica ajenas a la disputa política, supuestamente tan disfuncional e ineficiente. Además de las formas de gobierno, el escenario post-político se basa en la constitución de una agenda determinada de prioridades de la gestión pública local. Así es como los emisores y creadores principales del imaginario describen escenarios particulares y sesgados sobre los desafíos clave de las ciudades contemporáneas, que quedan reducidos a opciones de gestión y no a opciones ideológicas. De esta forma, problemáticas como el acceso a la vivienda, la desigualdad social, la polarización del mercado de trabajo, las tensiones sociales, religiosas o de otro tipo, etc., no forman parte de un paisaje que ofrece eficiencia para unos problemas (financiación municipal, aumento del gasto público, necesidades de mejor coordinación, etc.) que, si bien son ciertos, no son únicos. Esta lógica consigue describir un escenario que supone que la ciudadanía quiere ser vista por sus gobiernos como consumidores de servicios, pero no como sujetos de derechos y obligaciones públicas, y que invisibiliza demandas sociales y políticas clásicas a favor de un esquema de reclamaciones y expectativas individuales dominadas por una relación gerencial de los poderes públicos con la ciudadanía.

La narrativa de la smartcity, en la medida en que construye un problema y su solución a través de un determinado marco mental, apela a la despolitización de las decisiones públicas, al establecer unos determinados problemas como prioritarios y negar la posibilidad de la existencia de conflictos políticos más allá de las meras dificultades del ejercicio burocrático en un escenario post-político. Bajo el discurso de la smartcity, los problemas urbanos son tratados desde un horizonte post-político y de gubernamentalidad inteligente (Alberto Vanolo, 2014, p. 891) porque son seleccionados como problemas sólo aquellos concebidos como solucionables con las tecnologías de que disponen los proponentes tecnológicos de la smartcity y tratados además como problemas solucionables con la adición de tecnología y una gestión pragmática y eficiente de los mismos.

Por otro lado, la selección de temas de la agenda de acción de la smartcity implica una priorización con un mensaje normativo. Definir prioridades es, si cabe, el trabajo último de la política pública (Ola Söderström, Till Paasche y Francisco Klauser, 2014) y, por tanto, ya desde su punto de partida –la agenda de problemas– la smartcity define una posición política para sí misma aunque en su despliegue performativo se represente a sí misma como una cuestión de sentido común, apolítica y puramente pragmática.

Estaríamos, por tanto, en el pragmático mundo no ideológico que persiguen ciertas ideologías, pero nada tan poco realista como dicha aspiración. De nuevo, estamos ante un espejismo acrítico y una mistificación del valor de la estadística masiva pero también de los mecanismos derivados del control en tiempo real que están asociados a las redes de infraestructuras conectadas. Esta es la lógica detrás del razonamiento de la regulación algorítmica, a través de la cual, idealmente, el gobierno de la ciudad será fruto de decisiones automatizadas mediante la alimentación constante de datos digitales producidos en la ciudad (Evgeny Morozov, 2014), una supuesta salida neutral y apolítica al esquema básico de confrontación ideológica entre regulación y liberalización externalizando en los algoritmos la gestión de este equilibrio. Autores como Rob Kitchin (2014) han ampliado el análisis crítico del significado del ascenso del big data en diferentes esferas, desde el propio conocimiento e investigación científicos hasta las políticas públicas. Esta realidad de explosión de un mundo de datos no nace de la nada, sino desde una perspectiva ideológica promovida por unos determinados agentes y unos determinados argumentos defendidos de manera activa como nuevas formas de actuar en el mundo para sus intereses. Trasladado al ámbito urbano y la promesa de crear mejores lugares y ciudades para vivir, la lógica remite a crear soluciones para problemas creados por rondas anteriores de desarrollo tecnológico (Rob Kitchin, 2014). Emerge así la smartcity apoyada en el big data como nuevo recurso socio-técnico sobre el que fundamentar la gestión urbana en ámbitos como el transporte, la seguridad, la calidad ambiental o la participación ciudadana, con sus riesgos asociados de promoción de formas tecnocráticas de gobierno y la corporativización de la actividad municipal.

Esta supuesta despolitización actúa también sobre la reclamación de la eficiencia optimizadora de los recursos gestionados por el ayuntamiento. Planteado como objetivo abstracto, la optimización elude las cuestiones de fondo sobre el significado político de esa eficiencia. La eficiencia se muestra discursivamente de manera abstracta y sin explicitación sobre la racionalidad de esa optimización, sobre qué se quiere conservar, a cambio de qué o cómo se distribuirán los beneficios de sus ahorros derivados, de manera que trata de esconder qué prioridades políticas están implícitas. La smartcity busca así legitimar la inserción en la ciudad, a través del equipamiento tecnológico, prácticas de privatización de los servicios públicos, desregulación de la actuación de los agentes privados, participación en los mercados globales y reducción de impuestos como mecanismos básicos inscritos en el despliegue de los sistemas inteligentes. Estos valores ideológicos son presentados como datos ciertos y objetivos, sobre-entendidos como objetivos razonables, inexcusables o renovadores de la gestión municipal, escondiendo la necesidad de someterlos al escrutinio público y al debate político e ideológico.

Por otro lado, la apelación a la despolitización de la gestión urbana en un horizonte de urbanismo cuantitativo y una ciencia de las ciudades basada en el big data puede esconder un programa político en sí misma, al esconder un objetivo de realización de las políticas neoliberales dominantes a las que se asocia la smartcity. Con ello, se busca evitar las preguntas que correspondería hacerse ante los desafíos urbanos que supuestamente quiere resolver la smartcity. Sin embargo, la mayoría de las veces, el debate, no ya siquiera el análisis crítico, se obvia en favor de un pragmatismo que valora las inversiones rápidas, los acuerdos y la falta de información a la ciudadanía (Robert Hollands, 2015).

El mito de la suficiencia tecnológica

Otro de los elementos subyacentes en la narrativa de la ciudad remite a la suficiencia tecnológica, una derivada del tecno-optimismo que protagoniza el ambiente alrededor de la fascinación tecnológica actual. Todas las soluciones y propuestas de ciudad inteligente sitúan los servicios o productos tecnológicos como la respuesta adecuada a los problemas que enfrentan las administraciones locales: dificultad en la escalabilidad de sus servicios, crecientes costes para los servicios públicos, pérdidas de eficiencia en las redes de infraestructuras, falta de interoperabilidad en los servicios, presión para personalizar los servicios públicos y adecuarlos a la demanda en tiempo real, etc. Igualmente, un ciudadano particular encontrará en aplicaciones móviles, nuevos dispositivos conectados y nuevas interfaces digitales respuestas a sus deseos de mayor capacidad individual de elección en sus compras, mejor acceso a información municipal, soluciones a las pérdidas de tiempo a la hora de encontrar aparcamiento, conectividad ubicua en lugares públicos y privados, sistemas para reportar incidencias en la vía pública, dispositivos para centralizar toda la información de su vivienda, hasta un largo etcétera de mecanismos que le prometen autonomía, eficiencia, conveniencia o control, según el caso.

Para afirmar esta suficiencia, el régimen discursivo de la smartcity presenta la tecnología inteligente como un objeto genérico (Adam Greenfield, 2013). La forma de nombrar los nuevos productos o servicios que equiparán la smartcity se alimenta de conceptos vagos, suficientemente atractivos pero inespecíficos, de manera que los catálogos comerciales conciben soluciones de “realidad aumentada”, “muros interactivos”, “monitorización inteligente”, “soluciones de salud a distancia”, etc. Sin embargo, lejos de ser una concesión al lenguaje comercial, necesariamente directo y reactivo a las especificaciones técnicas, este recurso reproduce el fetichismo tecnológico (César Rendueles, 2013) de presentar tipologías genéricas de soluciones disponibles en el mercado, negando al debate la capacidad de discernir sobre sus usos concretos en contextos específicos, sobre las diferentes opciones de funcionamiento, las diferentes alternativas para financiarlos o las múltiples formas en las que su despliegue puede afectar a la ciudadanía. Con ello, se consigue centrar la tecnología como recurso totémico suficiente para imaginar la ciudad inteligente, dejando como una cuestión menor el viejo adagio “el diablo está en los detalles”. Así, la tecnología inteligente, en su aplicación en el ámbito urbano, es presentada de forma estereotipada (Alberto Vanolo, 2014) como una vía de solución inmediata y automática a los problemas de la ciudad.

Cuando ampliamos la mirada de las smartcities más allá de los servicios públicos (como decíamos anteriormente), recordamos que los grandes desafíos sociales (ayer, hoy y mañana) no son problemas tecnológicos con sólo una posible solución perfecta, sino un problema de prioridades políticas. La nueva agenda urbana no se va a jugar en clave tecnológica, sino en un mix de políticas públicas, incentivos económicos, gobernanza multinivel, liderazgo, una suerte de *softinfrastructure* igual de determinante que los despliegues tecnológicos (Stephen Goldsmith y Susan Crawford 2014).

Esta suficiencia tecnológica encierra, además, una consecuencia subyacente: la tecnología será suficiente porque la tecnología será infalible. En la construcción del discurso ha sido básico apoyarse en las soluciones que estarán disponibles, sin mencionar no sólo las problemáticas conceptuales –tal como estamos abordando aquí–, sino tampoco los problemas técnicos que pueden encerrar. Se trata de una cuestión absolutamente crítica en términos de privacidad de los datos y de la identidad de los usuarios de los sistemas inteligentes, de seguridad física, de estabilidad de las infraestructuras, etc. Estas situaciones, en el mejor de los casos son señaladas como excepciones menores frente al normal funcionamiento de los sistemas. Sin embargo, sus consecuencias pueden ser profundas y más frecuentes de lo que nos gustaría (Anthony Townsend, 2013. p. 13).

Estos problemas de seguridad serán constantes en la operativa diaria, y relativamente asumibles por parte de los operadores y gestores de las infraestructuras dependientes de sistemas inteligentes. Se abre, por tanto, una ventana a errores puntuales pero altamente inconvenientes para la ciudadanía sujeta a los mismos. Pero la escala de estos problemas puede ser aún mayor y afectar a situaciones sistémicas, creando fuertes dependencias de estos sistemas centralizados y automatizados en los que la opción de salir de su intermediación estará cerrada por defecto, generando esas situaciones inesperadas e imprevistas que tanto repugnan al imaginario no problemático de la smartcity. Diferentes episodios de vulnerabilidad crítica están ya afectando a infraestructuras que se denominan smart: desde redes de *utilities* hasta contadores eléctricos pasando por los sistemas electrónicos conectados de vehículos, diferentes dispositivos y compañías se han enfrentado a la dura realidad de un despliegue tecnológico que no puede evitar problemas de seguridad. Cesar Cerrudo (2015) ha tratado de situar este elemento como uno de los aspectos menos remarcados de la actual dependencia de sistemas smart para gestionar y operativizar los diferentes sistemas urbanos.

El relato tecnológico socializado a través de los medios del régimen discursivo de la ciudad inteligente ha sido esencialmente pacífico. Ha destacado y abundado en descripciones de parte, asépticas pero generalmente optimistas como consecuencia directa de la asunción del mito de la deseabilidad intrínseca. Fallos puntuales o sistémicos, consecuencias indeseadas, usos ilegítimos, problemas de fiabilidad, desigualdad en el acceso y otros aspectos que no pueden ser sino igual de centrales que las especificaciones técnicas, las funcionalidades o los beneficios potenciales, han sido sistemáticamente arrinconados o tratados como efectos secundarios. A este respecto, es fácil imaginar que la icónica *pantalla azul de la muerte* (el conocido mensaje de error que durante años hemos conocido como aviso de que algo no funciona bien en nuestro ordenador) podrá colonizar nuestras calles de

manera masiva, avisándonos de errores inesperados de los que hoy poco oímos hablar. Esta cuestión es absolutamente fundamental para poder confiar en el funcionamiento urbano y, a la vez, para no crear falsas expectativas sobre una vida tecnológica sin incidentes, pacífica y no conflictiva.

Estas manifestaciones de la retórica de la suficiencia tecnológica impiden reconocer la manera en que, en buena medida, se producen las grandes transformaciones urbanas y los proyectos concretos más exitosos de innovación urbana. Proyectos emblemáticos o reconocidos por haber introducido innovaciones transformadoras en diferentes ciudades tienen mucho más que ver en su génesis con factores como la intuición o la reivindicación, y no con el uso de datos masivos, la sofisticación técnica o las grandes inversiones. Pensemos en proyectos de transformación de la movilidad urbana para generar nuevas condiciones de accesibilidad e igualdad a través de sistemas de autobús ligero como en Curitiba (Brasil), una decisión basada mucho más en el liderazgo político. Pensemos en transformaciones tan aclamadas como la peatonalización de Times Square en Nueva York para entender que gran parte de los proyectos más transformadores tienen que ver con el pensamiento creativo y disruptivo, y no tanto con la tecnología.

Los proyectos urbanos que cambian la vida de las personas, que crean saltos profundos en la forma de hacer las cosas no han surgido en salas de control y, muchas veces, ni siquiera desde una acción de planificación totalizante y jerárquica, sino desde cualidades difícilmente encuadrables en un algoritmo, en un cuadro de mando, etc. La misma utilización dudosa de la metáfora de la inteligencia se demuestra muy limitada; frente a una insistencia en la inteligencia supuestamente intelectual, mecánica, matemática, el resto de características de la inteligencia humana quedan arrinconadas. La inteligencia de la observación, de la inspiración, de la imaginación, son las formas en las que como humanos hemos sido capaces de pensar de manera ingeniosa, crítica, compleja y creativa.

El mito de la deseabilidad intrínseca

Uno de los rasgos fundamentales con los que se presenta el imaginario tecnológico de la smartcity es el de su irreversibilidad. Según esta condición discursiva, el despliegue de la smartcity es inevitable y deseable al mismo tiempo. El futuro de la ciudad será necesariamente inteligente, y las tecnologías asociadas son sistemáticamente presentadas como progresos que, tarde o temprano, se instalarán en el paisaje urbano cotidiano. Indefectiblemente, la ciudad atravesará un proceso de sofisticación en el que diferentes soluciones presentadas como protagonistas del imaginario pasarán a ser el material físico con el que se equiparán las ciudades. Se trata, como en otras ocasiones, de un recurso discursivo propio de cualquier otro momento de transición tecnológica. Si cabe, gracias a la capacidad mediática de las tecnologías digitales, éstas son presentadas de manera masiva como hechos ciertos sobre los que no tenemos capacidad de control como sociedad. El imaginario construido en torno a la smartcity y a la ciudad digital contemporánea es, en buena medida, la plasmación en el espacio de un relato previo y más amplio en torno a la incorporación a la sociedad de las tecnologías digitales. En este sentido, se alimenta de ideas sobre la irreversibilidad del desarrollo tecnológico y el derrotismo tecnológico (Evgeny

Morozov 2013, p. 213) y su deseabilidad. El imaginario dominante hasta ahora ha sido optimista y ha inscrito el valor de la inevitabilidad como una condición esperable de las soluciones inteligentes para la ciudad.

Este tono a camino entre el fin de la historia tecnológica y el derrotismo adquiere prácticamente la forma de *“la ciudad será inteligente o no será”*, y está detrás del aparato comercial asociado a la venta de productos y servicios inteligentes para las ciudades, en la medida en que permite sostener la urgencia, la irreversibilidad y el pragmatismo como posición ante la que situarse frente a la evaluación de su utilidad, de su coste-beneficio, de su retorno social, de sus efectos sociales, etc. Este tipo de razonamientos y argumentos enlazan con las posiciones deterministas que han sido suficientemente criticadas desde campos como la sociología de la tecnología o la construcción social de la tecnología. Estas críticas han señalado la forma en la que la tecnología se presenta naturalmente como no problemática y predeterminada por una lógica técnica inherente al progreso tecnológico, de manera que sus efectos son irreversibles y sólo la culpable e irresponsable oposición a la misma podrá hacer que se abra camino más tarde de lo anunciado.

El internet de las cosas, la comunicación máquina a máquina, los datos masivos, la conectividad móvil..., son presencias reales hoy en día y sus futuros desarrollos serán parte de lo que está por venir en los próximos años. Sin embargo, a partir de esta constatación, podemos abrir un primer frente de cuestionamiento sobre el modo en el que se presenta socialmente esta presencia incuestionable. Ya hemos apuntado al establecer el carácter hegemónico de la smartcity que caben relatos alternativos o, al menos, deberían caber en términos democráticos y como constatación de la tecnología no como un objeto o ámbito autónomo, sino como un ensamblaje socio-técnico producto de un proceso constante de negociación social entre diferentes actores, y no de una visión separada de la gobernanza como tecnología y como proceso social (Albert Meijer y Manuel Pedro Rodríguez Bolívar, 2015). Así, la presencia de la esfera digital de la ciudad no implica necesariamente que debamos esperar que adopte la forma y el sentido que el imaginario de la smartcity explicita como inevitable. Esta forma, al contrario, es contingente (Adam Greenfield, 2006, p. 121) como cualquier otro ensamblaje socio-técnico y, por tanto, abierta a lecturas e imaginarios alternativos.

Usma Haque (2012, p. 141) identifica este elemento como una motivación o recurso discursivo central del llamamiento a la conversión en ciudades inteligentes, que se aprovecha de una dinámica mayor –internet en sentido amplio– que socialmente opera como justificación general al sentar, de partida, que cualquier objeto conectado tiene que ser necesariamente deseable. La cultura tecnológica tan entusiasta con cualquier solución que asegure conectividad cuenta, a priori, con el asentimiento y aceptación como avance deseable.

Esta deseabilidad intrínseca está íntimamente relacionada con las bondades perfectas que se asocian a la smartcity. De nuevo, se trata de una dinámica que desborda el problema específico de la smartcity y que afecta a la condición contemporánea de la crítica tecnológica (Evgeny Morozov, 2015), dominada por una priorización de las soluciones que

ofrecen mínimo esfuerzo, conveniencia, inmediatez y utilidad. De manera general, la tecnología es presentada como benevolente y siempre en nuestro interés (Anthony Townsend, 2013, p. 276) y, en el mejor de los casos, situaciones como la vigilancia en internet, la falta de privacidad, los riesgos democráticos o la infantilización de la acción cívica son tratados como elementos secundarios o accidentes imprevistos, dando por descontado el carácter benévolo de los mecanismos de producción socio-técnica de dichas tecnologías. Sin embargo, los problemas de seguridad, inestabilidad y fallos sistémicos que encierra un despliegue tecnológico normalmente presentado como perfecto están en el núcleo del debate social sobre la tecnología. Los sistemas de información están íntimamente ligados a problemas operativos. De la misma manera, Ann Galloway (2008, p. 160) destaca que este mecanismo psicológico y sociológico de aceptación de las novedades tecnológicas funciona conectando las expectativas tecno-sociales con el determinismo tecnológico presente en nuestra concepción como sociedad y como individuos de que el progreso técnico es inevitable.

Conclusiones

La smartcity se presenta, al igual que muchos de los relatos utópicos sobre internet, como una profecía auto-cumplida (Patrice Flichy, 1999), mientras que sus posibles errores en la operación de las infraestructuras inteligentes son apartados del debate o son asumidos como responsabilidad de quienes se empeñan en operar fuera del régimen discursivo o bajo criterios e imaginarios alternativos al hegemónico. En esta reproducción, el papel de los medios de comunicación ha sido especialmente significativo, al haber contribuido a construir una imagen acrítica a través de sus mecanismos actuales (publicación mimética de notas de prensa, publicación de contenidos promocionados...), negando, excepto algunas excepciones, el debate público sobre progresos técnicos con una gran capacidad de influir en la vida social y en la agenda urbana (Hug March y Ramón Ribera-Fumaz, 2014).

A partir de análisis más amplios (Manu Fernández, 2015) sobre los argumentos y ventajas con los que se ha presentado el discurso dominante en torno a la smartcity, hemos presentado en el texto una propuesta de comprensión de los desafíos prácticos de la ciudad inteligente. En la medida en que los discursos tienen capacidad de construir realidad y de reproducirse socialmente de manera acrítica, se hace necesario entender las lógicas argumentativas que están detrás de las equipaciones técnicas que aspiran a sofisticar las ciudades de la sociedad conectada. Estas propuestas se presentan de manera mimética a través de justificaciones de sus beneficios pero, hemos querido apuntar, encierran una determinada carga de mitos o preconcepciones sobre la tecnología, sobre la vida social en las ciudades o sobre el gobierno y la política local, con capacidad de hacer realidad en la ciudad contemporánea nuevas formas de gobierno de la ciudad.

Bibliografía

- Barnett, Clive (2013). Book review essay: Theory as political technology. *Antipode*. http://radicalantipode.files.wordpress.com/2013/07/book-review_barnett-on-amin-and-thrift.pdf
- Carr, Nicholas (2014). *Atrapados. Cómo las máquinas se apoderan de nuestras vidas*. Madrid: Taurus.

- Cerrudo, Cesar (2015). An emerging US (and world) threat: cities wide open to cyber attacks. *IOActive white paper*. http://www.ioactive.com/pdfs/IOActive_HackingCitiesPaper_CesarCerrudo.pdf
- De Waal, Martijn (2011). The urban culture of sentient cities: from an internet of things to a public sphere of things. En Mark Shepard (ed.), *Sentient City. Ubiquitous Computing, Architecture, and the Future of Urban Space* (pp. 190-195). Cambridge, MA: MIT Press.
- Ellul, Jacques (1990). *La edad de la técnica*. Barcelona: Octaedro.
- Fernández, Manu (2015). La smart city como imaginario socio-tecnológico. La construcción de la utopía urbana digital. Tesis doctoral. Universidad del País Vasco.
- Flichy, Patrice (1999). The construction of new digital media. *New Media & society*, 1(11), 33-39.
- Galloway, Anne (2008). *A brief history of the future of urban computing and locative media*. Tesis doctoral. Carleton University, Ottawa.
- Galloway, Anne (2013). 5 things about ubiquitous computing that make me nervous. En *More-Than-Human Lab*, 31 de marzo. <http://morethanhumanlab.org/blog/2013/03/31/5-things-about-ubiquitous-computing-that-make-me-nervous/>
- Goldsmith, Stephen, y Crawford, Susan (2014). *The responsive city. Engaging communities through data-smart governance*. San Francisco, CA: Jossey-Bass.
- Goodspeed, Robert (2015). Smart cities: moving beyond urban cybernetics to tackle wicked problems". *Cambridge Journal of Regions, Economy and Society*, 8(1), 79-92.
- Greenfield, Adam (2006). *Everyware: the dawning age of ubiquitous computing*. Berkeley, CA: New Riders Publishing.
- Greenfield, Adam (2013). *Against the smart city*. Nueva York: Do Projects.
- Haque, Usman (2013). Messiness will inevitably arise in spite of smart cities. En *Wired*, 31 de julio. <http://www.wired.co.uk/magazine/archive/2013/07/ideas-bank/in-praise-of-messy-cities>
- Hollands, Robert (2015). Critical interventions into the corporate smart city. *Cambridge Journal of Regions, Economy and Society*, 8(1), 61-77.
- Kitchin, Rob (2014). *The data revolution. Big data, open data, data infrastructures & their consequences*. Londres: Sage.
- Kitchin, Rob; Laurialt, Tracey P., y Mcaedle, Gavin (2015). Knowing and governing cities through urban indicators, city benchmarking and real-time dashboards. *Regional Studies, Regional Science*, 2(1), 6-28.
- March, Hug, y Ribera-Fumaz, Ramón (2014). Una revisión crítica desde la Ecología Política Urbana del concepto Smart City en el Estado español. *Ecología Política: Cuadernos de Debate Internacional*, 47, 29-36.
- Meijeer, Albert, y Rodríguez Bolívar, Manuel Pedro (2015). Governing the smart city: a review of the literature on smart urban governance. *International Review of Administrative Sciences*, 0(0), 1-17.
- Meisterlin, Leah (2014). The city is not a lab". *A+R+P+A Journal*, 1. <http://www.arpajournal.net/the-city-is-not-a-lab/>
- Morozov, Evgeny (2013). *To save everything, click here. Technology, solutionism and the urge to fix problems that don't exist*. Londres: Penguin Books.
- Morozov, Evgeny (2014). The rise of data and the death of politics. En *The Guardian*, 20 de julio. <http://www.theguardian.com/technology/2014/jul/20/rise-of-data-death-of-politics-evgeny-morozov-algorithmic-regulation>

- Morozov, Evgeny (2015). The taming of tech criticism. En *The Baffler*, 24 de mayo. <http://www.thebaffler.com/salvos/taming-tech-criticism>
- Picon, Antonine (2013). *Smart cities. Théorieet critique d'un idéal auto-réalisateur*. París: Éditions B2.
- Postman, Neil (1993). *Technopoly: the surrender of culture to technology*. Nueva York: Vintage Books.
- Rendueles, César (2013). *Sociofobia. El cambio político en la era de la utopía digital*. Madrid: Capitán Swing.
- Rittel, Horst J., y Webber, Melvin M. (1973). Dilemmas in a general theory of planning. *Policy Sciences*, 4, 155-169.
- Schäfer, Mirko Tobias (2011). *Bastard culture! How user participation transforms cultural production*. Amsterdam: Amsterdam University Press.
- Söderström, Ola; Paasche, Till, y Klauser, Francisco (2014). Smart cities as corporate storytelling. *City: Analysis of Urban Trends, Culture, Theory, Policy, Action*, 18(3), 307-320.
- Soja, Edward W. (2008). *Postmetrópolis. Estudios críticos sobre las ciudades y las regiones*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Tomàs, Mariona (2015). Gobernanza urbana y smart cities. El caso de Barcelona., en Joan Balcells, Ana María Delgado, Mirela Fiori, Clara Marsan, Ismael Peña-López, María José Pifarré y Mónica Vilasau (coords.), *Regulating Smart Cities. Actas del 11º Congreso Internacional Internet, Derecho y Política*. (pp. 47-59). Barcelona: UOC-Huygens Editorial.
- Townsend, Anthony (2013). *Smart cities: big data, civic hackers, and the quest for a new utopia*. Nueva York: W. W. Norton.
- Townsend, Anthony (2015). Cities of data: examining the new urban science". *Public Culture*, 27 (2), 201-212.
- Vanolo, Alberto (2014). Whose smart city? En *Open Democracy*, 24 de mayo. <https://www.opendemocracy.net/opensecurity/alberto-vanolo/whose-smart-city>
- Wolfram, Marc (2012). Deconstructing smart cities: an intertextual reading of concepts and practices for integrated urban and ICT development. En Manfred Schrenk, Peter Zeile, Vasily V. Popovich y Pietro Elisei (eds.), *Re-Mixing the City: Towards sustainability and resilience?* (pp. 171–181). REAL CORP.

Historia editorial

Recibido: 08/07/2016

Aceptado: 13/10/2016

Publicado: 02/11/2016

Formato de citación

Fernández, Manu (2016). La construcción del discurso de la smart city: mitos implícitos y sus consecuencias socio-políticas. *URBS. Revista de Estudios Urbanos y Ciencias Sociales*, 6(2), 83-99. http://www2.ual.es/urbs/index.php/urbs/article/view/fernandez_manu



Los textos publicados en esta revista están sujetos –si no se indica lo contrario– a una licencia de [Atribución CC 4.0 Internacional](#). Usted debe reconocer el crédito de la obra de manera adecuada, proporcionar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede compartir y adaptar la obra para cualquier propósito, incluso comercialmente. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que tiene el apoyo del licenciante o lo recibe por el uso que hace. No hay restricciones adicionales. Usted no puede aplicar términos legales ni medidas tecnológicas que restrinjan legalmente a otros hacer cualquier uso permitido por la licencia.

